

LA PESADILLA,

REVISTA DE TEATROS Y MISCELANEA.

Se publica en la imprenta del ADELANTE, los martes y sábados de cada semana, sin perjuicio de dar alguna hoja suelta entre ella, siendo el precio de suscripción el de 8 rs. mensuales llevado á domicilio.

El sábado 4 del corriente tuvimos el gusto de ver en el teatro *La escuela de las coquetas*, y fué tanto mayor, porque la empresa se anticipaba á nuestros deseos presentando comedias de costumbres, y porque el éxito fué tan brillante que excedió á cuanto nosotros esperabamos, aunque esperabamos mucho. *La escuela de las coquetas*, es uno de los arreglos de nuestro teatro, que forjado en el crisol de Ventura de la Vega, pudiera pasar muy bien por una obra clásica. La protagonista es una de esas mugeres del gran mundo que figuran al frente de la sociedad galante, uno de esos tipos adorables que en nuestro país se conoce con el nombre de *coqueta*. Aunque la frase no es nuestra, sino de la comedia, estoy seguro que ya hemos alarmado á nuestras bellas lectoras. No os alarmeis: nosotros conocemos y adoramos á las coquetas: no nos unimos á D. Valentin Rompelanzas para denostarlas: las juzgamos de distinto modo. La coqueta es la muger que comprende su misión, que llena su fin en el mundo, que realiza su destino. Ciertamente es que esta justa apología la rechaza el egoísmo y la intolerancia mal entendida que caracteriza al sexo feo; pero nosotros á fuer de galantes y justos, no podemos negar nuestra defensa á esas adorables mugeres que hacen nuestra felicidad con los estudiados encantos á que las obligamos con nuestro carácter descontentadizo. Y por qué esa diferencia, allí donde deben ser iguales los derechos? El hombre no puede resistir á una mirada cariñosa, á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna: pero la muger es preciso que se resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras y á las súplicas; si tal no hace, es coqueta. La hemos embolvido en el lazo de nuestras lisonjas, y no ha de tener vanidad: hemos de abrirles los ojos, y no han de ver: no las queremos mas que hermosas é incitantes, y exigimos que sean honestas: las empujamos, y no han de caer. ¡Pobres mugeres! las hemos prohibido que ejerciten lo que nosotros solo les enseñamos, y aun así no estamos contentos.

Qué finge la muger para esclavizar la voluntad de un hombre? Belleza, no adultera sus sentimientos, le basta un poco de arte: y si fuera posible descubrir el fondo del corazón de la muger mas frívola, veríamos el amor oculto dentro de sus aparen-

tes ligerezas; al paso que si penetráramos en lo recóndito del corazón de un hombre, encontraríamos amenudo la vanidad oculta detras de la pasión. La muger fatiga su imaginación fecunda buscando el medio mas eficaz de encadenar al hombre á su cariño. — Inocencia; se fastidiará. — Recato; no le agradará. — Amor: si él averigua que le quiero me olvidará. La imaginación se desespera: ni inocencia, ni recato, ni amor....., hay que buscar otro camino. Entonces un rayo de luz hiere sus ojos, despues de haberse reflejado en la superficie de un espejo; levanta la cabeza, se mira, y se sonríe. Trenza los cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás, la mano busca un fondo oscuro donde destaque su blancura, el pie se adelanta pequeño y atrevido. Ante estos recursos no hay hombre que resista. La muger ha triunfado por la coquetería, ¿Tiene ella la culpa?

Mugeres: solo llegais á ser malas despues de haber tratado mucho á los hombres; y tal es vuestra estrella, que para que merezcáis la fama de coquetas, es preciso que empecéis por ser la admiración, el encanto y la felicidad de los mismos que os desprecian.

Tal es el origen de las mugeres coquetas, que como no son de hoy, sino de todos los tiempos, tambien tienen su historia. Es tipo que descuella en las civilizaciones refinadas: se conoció entre los Hebreos, en el Egipto, en la Grecia, á la decadencia de Roma, y es una de las necesidades de la sociedad culta de Luis XIV que ha dejado en su historia mas encantadores recuerdos. Madama de Sevigne, la señorita Scuderi, la Sabliere, la célebre Ninon de Lencloux, la Maintenon y la Montespan, son otros tantos ejemplos de mugeres adorables que influyeron por su coquetería en el rey, en la corte y en la sociedad de aquella época, haciendo pesar alguna de ellas su influencia en los destinos de Europa. Es tipo que cantaron los poetas, que inspiró á Rafael sus concepciones mas sublimes, que despertó en Verdi las mejores armonías, y que lo mismo hoy que en los tiempos antiguos, ha sido recurso inagotable de los autores dramáticos. *La escuela de las coquetas*, en este sentido, realiza una necesidad de nuestra vida moral, porque mejor que nin-

guna otra producción cómica, reproduce ese tipo, que perfeccionado en nuestro siglo, hermosea con sus encantos la vida material de la sociedad que alcanzamos.

Su protagonista no es una creación fantástica del autor, es una realidad de nuestro siglo. Nacida en la más ilustre cuna, agrega talento y belleza á sus blasones, y realiza en su carácter la unión del talento y del sentimiento, la de la dulzura y la fuerza, la de lo ingenuo y lo sublime; pero dueña de sus acciones, niégase á todo vínculo ó compromiso serio, se hace superior á todas las conveniencias de su sexo, y no piensa más que en los placeres, gozando de las adulaciones de sus mil adoradores, recompensando con favores fáciles á los que prefiere, siempre buscada, y no envileciéndose nunca. Tal es la duquesa del Puerto.

La Sra. Andres que interpretó con notable acierto este papel, merece que nos dediquemos á ella con preferencia, apesar de no poder estendernos como quisieramos, porque las impresiones del tipo que con tanta habilidad reprodujo, nos han llevado más allá de lo conveniente. Si la Sra. Andres no fuera conocida, el papel de duquesa del Puerto por sí solo le hubiera creado una reputación impeccedera: el talento, la habilidad, el tacto social, los recursos que desplegó aquella encantadora coqueta, son superiores á todo encarecimiento. La Sra. Andres es un alma grande iluminada por el rayo del genio de Thalia, en cuyo seno sin fondo, hemos sorprendido inspiraciones delicadas. Es un alma llena de talento y valentia, noble y entusiasta. Hace pocos años verificó su entrada victoriosa en el teatro: es jóven y ya tiene su historia: sus triunfos en Madrid, Valencia y otras poblaciones, no son efimeros porque se deben al estudio y al genio. Salamanca también la admira. Tal vez nos estravie la simpatía que nos ha inspirado en un papel tan delicadamente comprendido, pero no creemos obedecer á la pasión, si decimos que la señora Andres es de la raza de los artistas, y que brilla en el teatro con vigorosos destellos, porque posee el maravilloso secreto de conmover á su antojo el corazón de los espectadores, porque tiene en fin el misterioso talisman, sin el cual, aun cuando se escriban buenas comedias, nunca alcanzarían renombre los actores dramáticos. La Sra. Losada sacó del papel que se la encomendó partido provechoso, y dió á conocer más que nunca sus buenas dotes. Esta jóven señora será á la vuelta de pocos años uno de los mejores ornamentos de la escena española, sino la agosta en flor su ambición impaciente, engolfándola en trabajos indiscretos. Calvo tuvo esos arranques de genio, esos recursos de arte, que le han merecido la reputación eminente que disfruta. Muñoz ejecutó su parte con conciencia, señal laudable de emulación y estudio: las señoras Ortiz y Bagá, y los Sres. Pastrana y Torres, hicieron esfuerzos notables para lograr aquel triunfo del arte en que la Sra. Andres llevaba la iniciativa, y que mereció justamente que se la llamase á la es-

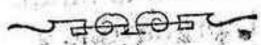
cena á recibir la obación sincera que la tributó el público en nutridos y entusiastas aplausos.



El espectáculo que la actual compañía puso en escena el domingo 6 del corriente, ha venido á confirmar los temores que sobre la elección de obras que se nos presentarían en escena, preveíamos á nuestra reaparición. *El Campanero de San Pablo*, es una de esa multitud de obras, que ha suministrado el teatro francés, una de esas concepciones de la escuela de Bouchardy, que adornado con un lujo escénico que apenas de lugar para fijarse en las situaciones culminantes de la obra, y ejecutado por actores de reputación, logra fijar la atención del público y á veces conmover el alma; pero que analizada detenidamente con una sana y justa crítica se halla muy lejos de ser una buena obra dramática. Sensible es para nosotros, decididos partidarios del moderno teatro español, de ese teatro que inmortalizó á Lope de Vega y Calderon y que despues de un pesado letargo volvió á aparecer con nuevo brillo en Moratin, sensible es, ver malograrse los esfuerzos de nuestros actores ante escenas lánguidas é insípidas las más veces, pero más sensible todavía los defectos que adquieren en la ejecución de esta clase de obras. Actores que con aplicación y estudio llegarían á figurar dignamente y tal vez á adquirirse una reputación envidiable, contraen esos defectos que desgraciadamente tenemos ocasion de ver y que las más veces tienen su origen en un aplauso arrancado en el desempeño de uno de estos dramas; y este aplauso, que obtiene el autor que preparó aquella situación *de efecto*, el actor atribuye á su perfecta interpretación. Por esta razón al contemplar á la Sra. Andres en esta obra y al establecer un parangon entre el éxito de ésta función y el que en la anterior revista dejamos consignado, no solamente en la parte que se refiere á esta actriz, si que también á todos los demás actores, dudamos hasta de nuestro criterio y ante nosotros aparecen dos cuadros de declamación esencialmente distintos segun son distintas las composiciones en que se presentan. No por esto waya á creerse que censuramos la ejecución del *Campanero de S. Pablo*, los actores hicieron por sostener sus papeles á la altura de su nombre, pero apesar de todo, se vislumbraba una negligencia, que perjudicando á el conjunto poco agradable por sí solo á nuestros ojos, nos hacia desear vivamente la escena final del drama.

Lejos de nosotros la idea de lastimar en lo más mínimo los intereses de la empresa; comprendemos que estos no están en completa armonía con nuestras aspiraciones, y que sería

inútil pidieramos la completa exclusion en nuestro Teatro de los dramas de la escuela francesa; pero tenga entendido, que si su prudente uso puede proporcionarle utilidades de alguna importancia, con el abuso de ellos, tal vez logre retraer á la gran parte de público inteligente que hasta hoy ha venido dispensándole su proteccion.



El lunes 7 fuimos espectadores de las tres lindisimas piezas en un acto, tituladas, *Un huésped del otro mundo*, *Una apuesta*, y *Dos en uno*. En la primera de ellas tuvo ocasion el Sr. Huertas de lucir sus buenos talentos, y como siempre, vimos en él, al actor de dotes poco generales caracterizando hasta la verdad su papel. Las Sras. Losada, Ortiz y el Sr. Pastrana cooperaron dignamente á su brillante ejecucion. En la 2.^a encontramos en la Sra. Andres á la muger de buen tono, que al luchar con el amor y el orgullo, sentimientos los que mas dominan á su sexo, supo hacerlo con tanta verdad, que á haber dudado de sus buenos conocimientos artisticos, el rubor que le causaba su confesion de rendimiento, hubiera bastado por si solo para colocarla á la altura que tan dignamente ocupa: el Sr. Pastrana nos hizo ver cuanto vale en el género de costumbres y cuanto debemos esperar de su buen talento. Respecto á la 3.^a solo diremos que apesar de su inverosimilitud fue bien sostenida por la Sra. Losada y el Sr. Pastrana.

Por variar, tubimos el mismo baile que casi nos atrevemos á ejecutar, gracias á lo mucho que nos ha sido prodigado, no pudiendo pasar tampoco desapercibidas las siguidillitas, por su sencillez.

MISCELANEA.

Con una numerosa y escogida concurrencia, y bajo la presidencia del Sr. Regente de la Escuela de nobles y bellas artes de San Eloy, en ausencia del Sr. Gobernador de la provincia, tuvo lugar el Domingo 6 del corriente, el solemne acto de la distribucion de premios á los alumnos que en el curso anterior se distinguieron en cada una de las enseñanzas de esta escuela, y la apertura de las clases para el de 1861 á 1862. Al contemplar aquella juventud estudiosa que se presentaba á recibir el premio de su trabajo, aquella juventud en que figuraba el hijo del artesano al lado de el del propietario, el niño al lado

del adulto, el paisano al lado del militar, hermanados todos por el deseo de perfeccionar su educacion artistica, comprendimos la alta mision que cumplia la Escuela de San Eloy. Los trabajos espuestos al público en las salas de dibujo, nos manifestaron los adelantos que en estas enseñanzas obtuvieron los alumnos, y el himno de el Sr. Villa-Alcazar, cantado y ejecutado por los de las clases de música, al propio tiempo que nos dió á conocer sus adelantos, nos hizo esperar opimos frutos de esta enseñanza. — Terminado el himno, el consiliario y actual secretario general Sr. D. Gerardo Vazquez de Parga, leyó un discurso cuyo objeto fué reseñar la historia de la música. Consideró la música en los pueblos primitivos: el carácter religioso que le imprimió el pueblo de Israel, las fases porque atravesó durante la preponderancia de Grecia y Roma, la nueva senda trazada por el cristianismo, y describió por último á grandes rasgos la música contemporánea, citando en todas épocas los nombres de los mas afamados maestros y animando á los jóvenes todos, á seguir sus pasos. Verificose luego la distribucion de premios, y despues de un coro, cantado por los alumnos de la clase de música en accion de gracias, terminó la solemnidad con la declaracion de la apertura del nuevo curso.

Digna es por todos conceptos la Escuela de nobles y bellas artes de San Eloy, de la proteccion que la dispensan las autoridades y corporaciones de la capital y mucho esperamos del celo é inteligenia de los que hoy se hallan á su frente.

Nos han sido remitidos por un mancebo enamorado, los siguientes versos:

¡LLORA LIRA MIA, LLORA!

Yo que en la muger creí
y en el amor esperé,
¿dónde encontraré la fé.
pobre insensato de mí?

(Camprodón.)

Llora lira mia, llora
y al viento dá tu gemir,
apaga tu voz sonora
y entona triste dolora
en que digas mi sufrir.

Cesen los cantos de un dia
en que su armonioso acento
cuando amor me sonreía,
lleno el pecho de alegría,
hacias vibrar el viento.

Entona cantos sentidos

de mi querella al compas,
lúgubres, tiernos plañidos;
que tus últimos sonidos
estos serán ya quizás.

Que la flor de mis amores
está mustia y sin color,
pues se agostó á los ardores
y rayos abrasadores
de mi infortunado amor,

.

Un ídolo yo adoré,
fué mi corazón su altar,
y le consagré mi fé,
¡insensato!... me engañé,
ella no sabia amar.

Seco el corazón tenía,
espinas solo su amor,
y al ver mi cruda agonía
insensible se reía
de mi tristura y dolor.

.
¿Por qué quisiste muger
causarme tanta amargura?
¿por qué me dejaste ver
el cielo de tu hermosura
para hacerme de él caer?

¿Por qué tanto te adoré?
¿por qué al instante no huí
cuando tus ojos miré,
y mi libertad perdí?

.
¡Ay virgen de mi ilusión!
tu no sabes que es amar,
ni conoces la aflicción
que desgarrá el corazón
del que no puede esperar.

Tu no sabes el sufrir,
no comprendes el martirio
que encierra el hondo gemir,
del que adora con delirio
en su penoso existir.

¿No comprendes el valor
de una lágrima perdida!...
leve destello de amor,
que va á perderse en seguida
en los mares del dolor.

.
¡Ay! sin tu amor es mi vida
lóbrega, oscura prision,
do una esperanza perdida
vierte yelo sin medida
en mi triste corazón.

.
Tu desden ¡ay!... dejó frío
mi pecho ya, y sin calor...
¿quien lo dijera Dios mio
¡vacío solo, vacío,
donde había tanto amor!

SEGUIDILLAS.

Un solo Abril colora
Las bellas flores
Y en las niñas, los quince
Dan ilusiones

Dichosas fueran
Si conservaran siempre
Tal primavera.

El ciego Dios Cupido
Siempre dirige
Sus flechas, á las bellas
De quince Abriles

¡Ciego Dios! hiere
A la que con desdenes
Mi muerte quiere.

¿Que importa que con ansia
Mi dolor pinte
Y diga que á mi alma
Su amor la rinde,

Si las mugeres
A quien menos las ama
siempre prefieren?

Dicen que en este mundo
Son nuestra vida,
Que nos dan con su afecto
Dicha cumplida,

Así he pensado
Y hoy lloro de amargura
Verme engañado.

Renunciaré á sus gracias
Mal que me pese,
Que amar sin ser amado
No lo merecen.

Dueño querido....
Silencio, que no sepan
Cuanto he sufrido.

No somos sordos.—Si no temieramos lastimar susceptibilidades, aconsejaríamos á cierta dama joven cuidase sus pulmones que vemos en peligro, si continua poniéndolos en tortura, al par que nuestros oídos, ó de no, tuviese la dignación de anunciar el día que á ellos da latitud, para asistir á la representación provistos de los correspondientes algodones. Esto le diríamos, pero nos detienen las razones espuestas, y nuestro natural rubor.

Editor responsable, *Andrés Huerta.*

Imp. del ADELANTE, á cargo de Juan Sotillo.